

Chantal Mouffe

# Agonística

Pensar el mundo políticamente



Primera edición en inglés, 2013  
Primera edición en español, 2014

---

Mouffe, Chantal

Agonística : pensar el mundo políticamente. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2014.

146 p. ; 21x14 cm. - (Sociología)

Traducido por Soledad Laclau

ISBN 978-987-719-022-9

1. Sociología. 2. Política. I. Soledad Laclau, trad.

CDD 306.36

---

Armado de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Agonistics. Thinking the World Politically*

ISBN de la edición original: 978-1-78168-103-9

© 2013, Verso

© Chantal Mouffe

D.R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-022-9

Comentarios y sugerencias:

editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

# Índice

<i>Prólogo</i>	13
<i>Introducción</i>	15
I. ¿Qué es la política agonista?	21
II. ¿Qué democracia para un mundo agonista multipolar?	37
III. Una aproximación agonista al futuro de Europa	57
IV. La política radical hoy	77
V. Política agonista y prácticas artísticas	93
<i>Conclusión</i>	111
<i>Entrevista con Chantal Mouffe</i>	129
<i>Índice de nombres</i>	145

*Para Ernesto,  
por toda una vida de pasiones compartidas.*

*La oposición es la verdadera amistad.*

WILLIAM BLAKE, *El matrimonio del cielo y el infierno*

*Der Feind ist unsere eigene Frage als Gestalt.*

THEODOR DÄUBLER, *Hymne an Italien*

## Prólogo

HE DISERTADO sobre las ideas desarrolladas en este libro en diversos lugares durante los últimos años, y algunas de ellas ya han sido publicadas, pero de una forma diferente. Como el objetivo de dichas intervenciones era presentar mi enfoque agonista en diversos contextos e indagar acerca de su relevancia en nuevas áreas, siempre debía comenzar las exposiciones introduciendo los principios básicos de la agonística, lo que implicaba cierto grado de repetición. Al editar aquellos trabajos para su publicación, he tratado de eliminar las repeticiones tanto como fue posible, excepto cuando las he considerado necesarias para contribuir a la claridad del argumento. Como consecuencia, aunque la mayoría de los capítulos se relacionan de una manera u otra con presentaciones que hice en conferencias o coloquios, ninguno de ellos reproduce esas presentaciones en su forma original. El último capítulo fue escrito especialmente para esta publicación.

Para aquellos que no están familiarizados con mi enfoque, al final de este libro he incluido una entrevista que ofrecí hace algunos años, ya que puede contribuir a situar las cuestiones discutidas en esta publicación dentro del contexto más amplio de mi trabajo. La entrevista fue realizada para *Und jetzt?*, una antología publicada en 2007 por Suhrkamp, que amablemente nos ha permitido reproducirla aquí. Al brindar una breve introducción a diversos temas que he estado tratando a lo largo de los años, espero que esta entrevista contribuya a una mejor comprensión de mi postura actual.

Quisiera agradecer a Het beschrijf y Passa Porta, cuya invitación a pasar un mes en Bruselas como escritora residente en mayo de 2012 me

## AGONÍSTICA

permitió trabajar en el borrador final de este manuscrito en un entorno muy agradable, con el privilegio adicional de haber podido asistir al Kustenfestivaldesarts,\* que me brindó un gran estímulo para mis reflexiones sobre las prácticas artísticas.

\* El Kustenfestivaldesarts es un festival dedicado a nuevas creaciones, destinado a artistas con una perspectiva personal sobre el mundo y a espectadores deseosos de cuestionar sus propias visiones. Tiene lugar en teatros y galerías de arte de Bruselas, en los cuales se presentan artes visuales y artes escénicas. [N. de la T.]

## Introducción

LOS ENSAYOS reunidos en este volumen examinan la relevancia del enfoque agonista que elaboré en mis trabajos previos para una serie de temas que considero importantes para el proyecto de la izquierda. Cada capítulo trata una cuestión diferente, pero en cada caso mi objetivo es abordar la cuestión de un modo político. Como Ernesto Laclau y yo sostuvimos en *Hegemonía y estrategia socialista*, pensar de un modo político requiere del reconocimiento de la dimensión ontológica de la negatividad radical.<sup>1</sup> Es debido a la existencia de una forma de negatividad que no puede superarse dialécticamente que nunca podrá alcanzarse la objetividad plena, y el antagonismo es una posibilidad siempre presente. La sociedad está marcada por la contingencia y todo orden es de naturaleza hegemónica; es decir, es siempre la expresión de relaciones de poder. En el campo de la política, esto significa que la búsqueda de un consenso sin exclusión y la ilusión de una sociedad armoniosa y perfectamente reconciliada deben ser abandonadas. En consecuencia, el ideal emancipatorio no puede formularse en términos de realización de alguna forma de “comunismo”.

Las reflexiones propuestas aquí se basan en la crítica del racionalismo y del universalismo que he desarrollado a partir de *El retorno de*

<sup>1</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards Radical Democratic Politics*, 2ª ed., Londres y Nueva York, Verso, 2001 [trad. esp.: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004].



lo político, donde comencé a elaborar un modelo de democracia al que denomino “pluralismo agonista”.<sup>2</sup> Al inscribir la dimensión de la negatividad radical en el campo político, propuse en ese libro establecer una distinción entre “lo político” y “la política”. Con “lo político” me refiero a la dimensión ontológica del antagonismo, y con “la política” me refiero al conjunto de prácticas e instituciones cuyo objetivo es organizar la coexistencia humana. Sin embargo, estas prácticas siempre operan dentro de un terreno de conflictividad influido por “lo político”.

La tesis central del “pluralismo agonista” fue elaborada con posterioridad en *La paradoja democrática*, donde sostuve que una tarea clave de la política democrática es proporcionar las instituciones que permitan que los conflictos adopten una forma “agonista”, donde los oponentes no sean enemigos sino adversarios entre los cuales exista un consenso conflictual.<sup>3</sup> Lo que me proponía demostrar con este modelo agonista era que, incluso partiendo de la afirmación de la inerradicabilidad del antagonismo, era posible concebir un orden democrático.

No obstante, es cierto que las teorías políticas que sostienen dicha tesis generalmente terminan defendiendo un orden autoritario como la única manera de evitar una guerra civil. Es por esto que la mayoría de los teóricos políticos comprometidos con la democracia creen que deben plantear la posibilidad de una solución racional a los conflictos políticos. Sin embargo, mi argumento plantea que la solución autoritaria no constituye una consecuencia lógica necesaria de tal postulado ontológico, y que al establecer una distinción entre “antagonismo” y “agonismo” es posible concebir una forma de democracia que no omita la negatividad radical.

En los últimos años, el hecho de reflexionar sobre los acontecimientos políticos mundiales me ha llevado a indagar las posibles implicancias de mi enfoque para las relaciones internacionales. ¿Qué consecuencias tiene en la arena internacional la tesis que postula que todo orden es un orden hegemónico? ¿Significa que no existe ninguna alternativa al actual mundo unipolar, con todas las consecuencias negativas que esto acarrea?

<sup>2</sup> Chantal Mouffe, *The Return of the Political*, Londres y Nueva York, Verso, 2005 [trad. esp.: *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999].

<sup>3</sup> Chantal Mouffe, *The Democratic Paradox*, Londres y Nueva York, Verso, 2005 [trad. esp.: *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Barcelona, Gedisa, 2003].

Sin duda, debemos renunciar a la ilusión de un mundo cosmopolita más allá de la hegemonía y más allá de la soberanía. Pero esta no es la única solución disponible, ya que también podemos concebir otra: una pluralización de hegemonías. Desde mi perspectiva, al establecer relaciones más equitativas entre polos regionales, un enfoque multipolar podría constituir un paso hacia un orden agonista en el cual los conflictos, si bien no desaparecerían, tendrían menos probabilidades de adoptar una forma antagonica.

Otro aspecto de mis reflexiones tiene que ver con las consecuencias del enfoque hegemónico para los proyectos radicales que tienen como objetivo establecer un orden social y político diferente. ¿Cómo se puede concretar este nuevo orden? ¿Qué estrategia habría que seguir?

El enfoque revolucionario tradicional, que ya ha sido prácticamente abandonado, es remplazado cada vez más por otro que, bajo el nombre de “éxodo”, reproduce —aunque de una manera diferente— muchos de sus defectos. En este libro discrepo con el rechazo total a la democracia representativa por parte de aquellos que, en lugar de buscar una transformación del Estado a través de una lucha hegemónica agonista, proponen una estrategia de abandono de las instituciones políticas. Su creencia en la posibilidad de una “democracia absoluta”, en la que la multitud sería capaz de autoorganizarse sin ninguna necesidad de Estado o instituciones políticas, implica una falta de comprensión respecto de aquello que designo como “lo político”.

Es cierto que cuestionan la tesis de una homogeneización progresiva del “pueblo” bajo la categoría del “proletariado”, afirmando en cambio la multiplicidad de “la multitud”. Pero aceptar la negatividad radical implica no solo reconocer que el pueblo es múltiple, sino también que está dividido. Dicha división no puede ser superada; solo puede ser institucionalizada de diferentes maneras, algunas más igualitarias que otras. De acuerdo con este enfoque, la política radical consiste en una diversidad de acciones en una multiplicidad de ámbitos institucionales, con el fin de construir una hegemonía diferente. Se trata de una “guerra de posición” cuyo objetivo no es la creación de una sociedad más allá de la hegemonía, sino un proceso de radicalización de la democracia: la construcción de instituciones más democráticas y más igualitarias.

Hay otro tema al que he dedicado especial atención en los últimos años, principalmente gracias a las frecuentes invitaciones que recibí para

dar conferencias en escuelas de arte, museos y bienales. ¿Puede una concepción agonista ayudar a los artistas a teorizar la naturaleza de sus intervenciones en el espacio público? ¿Cuál puede ser el rol de las prácticas artísticas y culturales en la lucha hegemónica? En la etapa actual del capitalismo posfordista, el terreno cultural ocupa una posición estratégica, ya que la producción de afectos desempeña un rol cada vez más importante. Al ser vital para el proceso de valorización capitalista, este terreno debería constituir un lugar crucial de intervención para las prácticas contrahegemónicas.

Con el fin de abordar estas diferentes temáticas, este libro está organizado de la siguiente manera. El primer capítulo repasa los puntos principales del enfoque agonista que elaboré durante varios años en una serie de libros. También distingo mi perspectiva de otras teorías agonistas que circulan actualmente. Destacando la dimensión antagonista que caracteriza el campo de lo político, pongo especial énfasis en la diferencia entre las perspectivas éticas y políticas y en la necesidad de que los teóricos agonistas reconozcan el vínculo entre agonismo y antagonismo en lugar de postular la posibilidad de un “agonismo sin antagonismo”.

Una vez aclarada mi problemática teórica, en los siguientes capítulos abordo una serie de temáticas: una aproximación agonista a las relaciones internacionales, los modos de integración de la Unión Europea (UE), las diferentes visiones de la política radical, y por último las prácticas culturales y artísticas en su relación con la política. En el segundo capítulo analizo algunas de las cuestiones que plantea la idea de un mundo multipolar. Desarrollando un tema que ya había introducido en *En torno a lo político* —donde, en mi crítica a varios proyectos cosmopolitas, me pronuncié en favor de un mundo multipolar—, ahora indago en las implicancias de concebir el mundo como un pluriverso. En discrepancia con la perspectiva según la cual la democratización requiere de una occidentalización, defiendo la tesis que sostiene que el ideal democrático puede inscribirse de manera diferente en una variedad de contextos.

Algunos de mis lectores probablemente se sorprendan con mi crítica al modo en que los teóricos sociales y políticos utilizan el término “moderno” para designar a las instituciones occidentales. ¿No me he referido incluso yo misma en repetidas ocasiones a la “democracia moderna” para designar al modelo occidental? Lo cierto es que he dejado de

hacerlo en mis últimos escritos; ahora trato de evitar hablar de “democracia moderna”. Me he dado cuenta de que, al hacerlo, contradigo mi aserción respecto de la naturaleza contextual de la democracia liberal, así como también mi afirmación de que esta no representa un estadio más avanzado en el desarrollo de la racionalidad o de la moralidad.

Creo firmemente que ya es hora de que los intelectuales de izquierda adopten un enfoque pluralista y rechacen el tipo de universalismo que postula la superioridad racional y moral de la Modernidad occidental. En este momento, en que los levantamientos árabes han puesto en la agenda de varios países de Medio Oriente la cuestión de cómo construir una democracia, considero que esta cuestión es de suma importancia. De hecho, creo que sería un error fatal obligar a esos países a adoptar el modelo occidental, ignorando el lugar central que ocupa el islam en sus culturas.

La UE es el tema del tercer capítulo, en el que examino la relevancia del enfoque agonista para concebir formas posibles de integración europea. Allí abogo en favor de concebir a la UE en la forma de una “demoi-cracia”, compuesta por una multiplicidad de diversos *demoi* que brindarían diferentes espacios para el ejercicio de la democracia. Al analizar las causas del creciente desencanto con el proyecto europeo, también destaco la urgencia de la elaboración de un nuevo enfoque que ofrezca una alternativa a las políticas neoliberales que han dado origen a la actual crisis.

El cuarto capítulo está dedicado a contrastar dos modelos de política radical. En primer lugar, ofrece argumentos contra la estrategia de “deserción”, inspirada por el movimiento italiano Autonomía y teorizada por teóricos postoperaístas como Michael Hardt, Antonio Negri y Paolo Virno, que propugnan un éxodo del Estado y de las instituciones políticas tradicionales y un rechazo a la democracia representativa. Por el contrario, yo defiendo una estrategia de “involucramiento crítico”. Tal estrategia incluye una multiplicidad de acciones contrahegemónicas con el objetivo de lograr una transformación profunda de las instituciones existentes, y no su deserción. Al analizar los marcos teóricos opuestos que inspiran estas dos estrategias enfrentadas, sugiero que el problema del tipo de política radical que defienden los teóricos del éxodo es que se basa en una interpretación errónea de lo político. Esto se ve reflejado en el hecho de que dichos teóricos no aceptan la dimensión inerradicable del antagonismo.

El último capítulo está centrado en el campo de las prácticas artísticas y culturales. Aquí me refiero a la actual discusión sobre los efectos del capitalismo posfordista en el campo cultural y artístico. Según ciertos pensadores, la mercantilización de la cultura ha llegado a un punto tal, que ya no queda espacio para que los artistas desempeñen un rol crítico. Otros, aunque en desacuerdo con este diagnóstico pesimista, afirman que tal posibilidad aún existe, pero solo fuera del mundo del arte.

De acuerdo con mi perspectiva, las prácticas culturales y artísticas pueden desempeñar un rol crítico promoviendo espacios públicos agonistas donde podrían lanzarse luchas contrahegemónicas para oponerse a la hegemonía neoliberal. Basándome en Antonio Gramsci, reafirmo el lugar central que ocupa la cultura dominante en la construcción del “sentido común”, destacando la necesidad de la intervención artística con el fin de desafiar la visión pospolítica según la cual no hay ninguna alternativa al orden actual. Aquí, nuevamente, mis visiones son contrastadas con las de los teóricos postoperaístas que se analizan en el capítulo III. Pero en este caso el foco está puesto en la interpretación que ellos hacen de la transición del fordismo al posfordismo y del rol desempeñado por las prácticas culturales en esta transición.

Por último, en la conclusión examino los movimientos de protesta recientes a la luz de las dos formas de política radical que mencioné antes: la postoperaísta y la agonista. Considero que estos movimientos deberían ser interpretados como reacciones a la falta de una política agonista en las democracias liberales, y que requieren una radicalización —y no un rechazo— de las instituciones democráticas liberales.

Decidí denominar a este libro *Agonística* para resaltar que consiste en una variedad de intervenciones teórico-políticas en ámbitos en los que considero que es necesario cuestionar algunas posturas establecidas de la izquierda. Su propósito es promover un debate agonista entre aquellos cuyo objetivo es desafiar el actual orden neoliberal.

## I. ¿Qué es la política agonista?

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, los enfoques agonistas de la política se han vuelto cada vez más influyentes. Pero como existen en una gran variedad de formas, se ha producido cierta confusión. En tanto este libro tiene el propósito de examinar la relevancia de mi concepción del agonismo en diversos campos, resulta necesario aclarar la especificidad de mi enfoque y el modo en que difiere de otras teorías agonistas. Voy a comenzar recordando los principios básicos del marco teórico en el que se basan mis reflexiones sobre lo político, elaborados en *Hegemonía y estrategia socialista*, libro escrito con Ernesto Laclau.<sup>1</sup>

En dicho libro planteamos que hay dos conceptos clave —“antagonismo” y “hegemonía”— que resultan necesarios para comprender la naturaleza de lo político. Ambos apuntan a la importancia de aceptar la dimensión de negatividad radical que se manifiesta en la posibilidad siempre presente del antagonismo. Sostuvimos que esta dimensión impide la plena totalización de la sociedad y excluye la posibilidad de una sociedad más allá de la división y el poder. Esto, a su vez, requiere admitir la falta de un fundamento final y la indecidibilidad que impregna todo orden. En nuestro vocabulario, significa reconocer la naturaleza “hegemónica” de todo tipo de orden social y concebir a la sociedad como el

<sup>1</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards Radical Democratic Politics*, 2ª ed., Londres y Nueva York, Verso, 2001 [trad. esp. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004].

producto de una serie de prácticas cuyo objetivo es establecer orden en un contexto de contingencia. Denominamos “prácticas hegemónicas” a las prácticas de articulación mediante las cuales se crea un determinado orden y se fija el significado de las instituciones sociales. Según este enfoque, todo orden es la articulación temporaria y precaria de prácticas contingentes. Las cosas siempre podrían ser diferentes, y todo orden se afirma sobre la exclusión de otras posibilidades. Cualquier orden es siempre la expresión de una determinada configuración de relaciones de poder. Lo que en un determinado momento se acepta como el orden “natural”, junto con el sentido común que lo acompaña, es el resultado de prácticas hegemónicas sedimentadas. Nunca es la manifestación de una objetividad más profunda, ajena a las prácticas que le dieron origen. Por lo tanto, todo orden es susceptible de ser desafiado por prácticas contrahegemónicas que intenten desarticularlo en un esfuerzo por instalar otra forma de hegemonía.

En *El retorno de lo político*, *La paradoja democrática* y *En torno a lo político*, he desarrollado estas reflexiones sobre “lo político”, entendido como la dimensión antagonica que es inherente a todas las sociedades humanas.<sup>2</sup> Con ese fin, propuse la distinción entre “lo político” y “la política”. “Lo político” se refiere a esta dimensión de antagonismo que puede adoptar diversas formas y puede surgir en diversas relaciones sociales. Es una dimensión que nunca podrá ser erradicada. Por otro lado, “la política” se refiere al conjunto de prácticas, discursos e instituciones que busca establecer un determinado orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que siempre son potencialmente conflictivas, ya que están afectadas por la dimensión de “lo político”.

Como he destacado en repetidas ocasiones en mis escritos, las cuestiones políticas no son meras cuestiones técnicas a ser resueltas por expertos. Las cuestiones políticas propiamente dichas siempre involucran decisiones que requieren hacer una elección entre alternativas opuestas. Esto es algo que la tendencia dominante en el pensamiento liberal, que se

<sup>2</sup> Chantal Mouffe, *The Return of the Political*, Londres y Nueva York, Verso, 1993 [trad. esp.: *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999]; Chantal Mouffe, *The Democratic Paradox*, Londres y Nueva York, Verso, 2000 [trad. esp.: *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Barcelona, Gedisa, 2003]; Chantal Mouffe, *On the Political*, Londres y Nueva York, Routledge, 2005 [trad. esp.: *En torno a lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007].

caracteriza por un enfoque racionalista e individualista, no puede comprender. Es por esto que el liberalismo es incapaz de concebir de manera adecuada la naturaleza pluralista del mundo social, con los conflictos que el pluralismo acarrea. Estos son conflictos para los cuales no podría existir nunca una solución racional, de ahí la dimensión de antagonismo que caracteriza a las sociedades humanas.

La interpretación típica del pluralismo es la siguiente: vivimos en un mundo en el cual efectivamente existen diversos valores y perspectivas, pero —debido a limitaciones empíricas— nunca vamos a lograr adoptarlos a todos; sin embargo, al unirlos, podrían constituir un conjunto armonioso y no conflictivo. He indicado que este tipo de perspectiva, que es dominante en la teoría política liberal, debe negar lo político en su dimensión antagónica a fin de prosperar. De hecho, uno de los principios centrales de este tipo de liberalismo es la creencia racionalista en la posibilidad de un consenso universal basado en la razón. No resulta sorprendente, por lo tanto, que lo político constituya el punto ciego del liberalismo. Al poner de relieve el momento inevitable de la decisión —en el sentido propio de tener que decidir dentro de un terreno indecidible—, lo que revela el antagonismo es el límite mismo de todo consenso racional.

Como ya he sostenido, la negación de “lo político” en su dimensión antagónica es lo que impide a la teoría liberal concebir la política de una manera adecuada. No es posible hacer que desaparezca la dimensión antagónica de lo político simplemente negándola, o deseando que desaparezca. Este es el típico gesto liberal, y tal negación solo puede llevar a la impotencia que caracteriza al pensamiento liberal cuando se enfrenta al surgimiento de antagonismos y formas de violencia que, de acuerdo con su teoría, pertenecerían a otros tiempos en que la razón aún no había logrado controlar las pasiones, supuestamente arcaicas. Esto constituye la raíz de la actual incapacidad del liberalismo para comprender la naturaleza y las causas de los nuevos antagonismos que han surgido a partir de la Guerra Fría.

El pensamiento liberal también es ciego respecto de lo político debido a su individualismo, que le impide comprender la formación de las identidades colectivas. Pero lo político está relacionado desde el principio con las formas colectivas de identificación, ya que en este campo siempre estamos tratando con la formación de un “nosotros” en oposición a un



“ellos”. Aquí el problema principal del racionalismo liberal es que despliega una lógica de lo social basada en una concepción esencialista del “ser como presencia”, y concibe la objetividad como inherente a las cosas mismas. No puede reconocer que solo puede haber una identidad cuando es construida como diferencia, y que toda objetividad social se constituye mediante actos de poder. Lo que se niega a admitir es que toda forma de objetividad es finalmente política y que debe cargar con los rastros de los actos de exclusión que dominan su constitución.

En varios de mis libros he utilizado la noción de “exterior constitutivo” para explicar esta tesis. Dado que desempeña un rol crucial en mi argumentación, creo que es necesario explicarla una vez más aquí.

Este término fue propuesto originalmente por Henry Staten para referirse a una serie de temas desarrollados por Jacques Derrida en torno a nociones como “suplemento”, “huella” y “diferencia”.<sup>3</sup> El objetivo de Staten era destacar el hecho de que la creación de una identidad implica siempre el establecimiento de una diferencia. Sin duda, Derrida desarrolló esta reflexión a un nivel muy abstracto, en referencia a cualquier forma de objetividad. Por mi parte, el propósito ha sido poner de relieve las consecuencias de dicha reflexión para el campo de la política y señalar su relevancia para la constitución de las identidades políticas. Considero que una vez que hemos comprendido que toda identidad es relacional y que la afirmación de una diferencia es una precondition de la existencia de cualquier identidad —es decir, la percepción de un “otro” que constituye su “exterior constitutivo”—, podemos entender por qué la política, que siempre trata con identidades colectivas, tiene que ver con la constitución de un “nosotros” que requiere como su condición misma de posibilidad la demarcación de un “ellos”.

Esto no significa, por supuesto, que esta relación sea necesariamente antagonica. De hecho, muchas relaciones nosotros/ellos son meramente una cuestión de reconocer las diferencias. Pero significa que siempre existe la posibilidad de que esta relación “nosotros/ellos” se convierta en una relación de amigo/enemigo. Esto ocurre cuando los otros, que hasta el momento eran considerados simplemente como diferentes, comienzan a ser percibidos como cuestionando *nuestra* identidad y como una amenaza a *nuestra* existencia. A partir de ese momento, como señalé

<sup>3</sup> Véase Henry Staten, *Wittgenstein and Derrida*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

Carl Schmitt, toda forma de relación nosotros/ellos —ya sea religiosa, étnica o económica— se convierte en el *locus* de un antagonismo.

Lo que resulta importante aquí es aceptar que la condición misma de posibilidad de la formación de las identidades políticas es, al mismo tiempo, la condición de imposibilidad de una sociedad libre de antagonismo.

## UN MODELO AGONISTA

Es en el contexto de esta posibilidad siempre presente del antagonismo que he elaborado lo que denomino un modelo “agonista” de democracia. Mi intención original era ofrecer una “redescripción metafórica” de las instituciones democráticas liberales, una redescripción que lograra aprehender lo que está en juego en una política democrática pluralista. Sostuve que para poder comprender la naturaleza de la política democrática y los desafíos que esta enfrenta, necesitábamos una alternativa a los dos principales enfoques de la teoría política democrática.

Uno de estos enfoques, el modelo agregativo, considera que los actores políticos se mueven impulsados por la persecución de sus intereses. El otro modelo, el deliberativo, destaca el papel de la razón y de las consideraciones morales. Lo que ambos modelos pasan por alto es la importancia de las identidades colectivas y el papel central que juegan los afectos en su constitución.

Considero que resulta imposible comprender la política democrática sin reconocer a las “pasiones” como la fuerza motriz en el ámbito político. El modelo agonista de democracia aspira a abordar todos los temas que los otros dos modelos no pueden tratar de manera apropiada debido a sus marcos racionalista e individualista.

Permítanme recordar brevemente el argumento que elaboré en *La paradoja democrática*. Allí afirmé que, cuando admitimos la dimensión de “lo político”, comenzamos a darnos cuenta de que uno de los principales desafíos para la política democrática liberal pluralista consiste en tratar de apaciguar el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas. Desde mi punto de vista, la cuestión fundamental no reside en cómo llegar a un consenso logrado sin exclusión, ya que esto exigiría la construcción de un “nosotros” que no tendría su correspondiente “ellos”.

Esto es imposible, pues —como acabo de señalar— la condición misma de constitución de un “nosotros” es la demarcación de un “ellos”.

La cuestión central es entonces cómo establecer esta distinción nosotros/ellos, que es constitutiva de la política, de manera tal que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo. El conflicto en las sociedades democráticas liberales no puede —ni debería— ser erradicado, ya que la especificidad de la democracia pluralista es precisamente el reconocimiento y la legitimación del conflicto. Lo que requiere la política democrática liberal es que los otros no sean percibidos como enemigos a ser destruidos, sino como adversarios cuyas ideas pueden ser combatidas, incluso encarnizadamente, pero cuyo derecho a defender esas ideas no sea cuestionado. En otras palabras, lo importante es que el conflicto no adopte la forma de un “antagonismo” (una lucha entre enemigos) sino la forma de un “agonismo” (una lucha entre adversarios).

De acuerdo con la perspectiva agonista, la categoría central de la política democrática es la categoría del “adversario”, el oponente con quien se comparte una lealtad común hacia los principios democráticos de “libertad e igualdad para todos”, aunque discrepando en lo relativo a su interpretación. Los adversarios luchan entre sí porque quieren que su interpretación de los principios se vuelva hegemónica, pero no ponen en cuestión la legitimidad del derecho de sus oponentes a luchar por la victoria de su postura. Esta confrontación entre adversarios es lo que constituye la “lucha agonista”, que es la condición misma de una democracia vibrante.<sup>4</sup>

Una democracia eficaz exige una confrontación de posiciones políticas democráticas. Si esto no ocurre, siempre va a existir el peligro de que esta confrontación democrática sea remplazada por una confrontación entre valores morales no negociables o formas esencialistas de identificación. Un énfasis excesivo en el consenso, junto con la aversión a las confrontaciones, conduce a la apatía y al desinterés por la participación política. Es por esto que una sociedad democrática liberal requiere un debate sobre alternativas posibles. Debe ofrecer formas políticas de identificación en torno a posiciones democráticas claramente diferenciadas.

<sup>4</sup> Para un desarrollo más completo de este argumento, véase Chantal Mouffe, *The Democratic Paradox*, *op. cit.*, cap. 4.

Aunque el consenso sin duda es necesario, debe estar acompañado por el disenso. Es preciso que exista consenso sobre las instituciones que son constitutivas de la democracia liberal y respecto de los valores ético-políticos que deberían inspirar la asociación política. Pero siempre va a existir desacuerdo en torno al significado de esos valores y al modo en que deberían implementarse. Este consenso siempre será, por lo tanto, un “consenso conflictual”.

En una democracia pluralista, los desacuerdos respecto de cómo interpretar los principios ético-políticos compartidos no solo son legítimos, sino también necesarios. Permiten que existan diferentes formas de identificación ciudadana y constituyen la esencia de la política democrática. Cuando las dinámicas agonistas del pluralismo se ven obstaculizadas por la falta de formas democráticas de identificación, entonces no se les puede dar a las pasiones una forma de expresión democrática. De esta manera se sientan las bases para diversas formas de políticas articuladas en torno a identidades esencialistas de tipo nacionalista, religioso o étnico, así como también para la multiplicación de confrontaciones en torno a valores morales no negociables, con todas las manifestaciones de violencia que dichas confrontaciones acarrearán.

Con el fin de evitar cualquier malentendido, quisiera destacar una vez más que esta noción de “adversario” debe distinguirse en forma clara de la interpretación que hallamos de ese término en el discurso liberal. De acuerdo con la interpretación de “adversario” propuesta aquí, y en contraposición con el enfoque liberal, la presencia del antagonismo no es eliminada, sino “sublimada”. En realidad, lo que los liberales denominan un “adversario” es meramente un “competidor”. Los teóricos liberales conciben el campo de la política como un terreno neutral en el cual diferentes grupos compiten para ocupar las posiciones de poder, siendo su objetivo desalojar a otros a fin de ocupar su lugar, sin cuestionar la hegemonía dominante ni transformar en profundidad las relaciones de poder. Se trata simplemente de una competencia entre elites.

Sin embargo, en una política agonista, la dimensión antagonica está siempre presente, ya que lo que está en juego es una lucha entre proyectos hegemónicos opuestos que nunca pueden ser reconciliados de manera racional, y en la cual uno de ellos necesariamente debe ser derrotado. Se trata de una confrontación real, pero que se desarrolla bajo

condiciones reguladas por una serie de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios.

Considero que solo cuando reconocemos “lo político” en su dimensión antagonica es posible plantear la cuestión central de la política democrática. Esta cuestión, mal que les pese a los teóricos liberales, no es cómo negociar un acuerdo entre intereses enfrentados, ni cómo llegar a un consenso “racional” —es decir, totalmente inclusivo, sin ninguna exclusión—. A pesar de lo que muchos liberales quieren creer, la especificidad de la política democrática no es la superación de la oposición nosotros/ellos, sino la forma diferente en que esta se establece. La tarea principal de una política democrática no es eliminar las pasiones ni relegarlas a la esfera de lo privado con el fin de establecer un consenso racional en la esfera pública. Por el contrario, consiste en “sublimar” dichas pasiones movilizándolas hacia proyectos democráticos mediante la creación de formas colectivas de identificación en torno a objetivos democráticos.

#### AGONISMO Y ANTAGONISMO

Una vez aclarado el modo en que agonismo y antagonismo se relacionan íntimamente en mi enfoque, podemos pasar a examinar lo que distingue mi interpretación específica de la política agonista de otras concepciones existentes.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Hannah Arendt. Según mi visión, el principal problema de la interpretación arendtiana del “agonismo” es que, resumiendo, es un “agonismo sin antagonismo”. Lo que quiero decir es que, aunque Arendt pone gran énfasis en la pluralidad humana e insiste en que la política tiene que ver con la comunidad y la reciprocidad entre seres humanos que son diferentes entre sí, nunca reconoce que esta pluralidad es lo que da origen a conflictos antagonicos. De acuerdo con su visión, pensar de manera política consiste en desarrollar la capacidad para ver las cosas desde una multiplicidad de perspectivas. Como nos demuestra su referencia a Kant y a su idea de “pensamiento ampliado”, su pluralismo no se diferencia fundamentalmente del de Habermas, ya que también se inscribe en el horizonte de un acuerdo intersubjetivo. De hecho, lo que ella busca en la doctrina del juicio estético de Kant es un procedimiento para establecer un acuerdo intersubjetivo en el espacio público.